

Impresiones de Menorca

Conferencias leídas en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón las noches del 24 de noviembre y 15 de diciembre de 1915 por el Capitán de Artillería don JOSÉ COTRINA FERRER.

(Continuación)

IV

La tierra del viento

ALLÁ en mis años infantiles hirió mis oídos una canción zarzuelera que llegó a popularizarse y cuyo comienzo decía así:

De la tierra del cacao,
del chocolate y del café.... etc.

Pasaron años y en otra pieccecita de las que llegaron a tener auge oí hablar de los bellos cantares del país del sol; y más tarde, a medida que iba adquiriendo mayor experiencia y mis conocimientos iban aumentando, oí hablar de la región de las nieves perpetuas y después de la tierra del fuego. En resumen: que a la manera cómo San Isidoro clasificaba los animales en grandes y pequeños comprendiendo entre los primeros lo mismo al elefante que al toro y entre los segundos al gato y a la pulga, es decir, sin base científica alguna, así también la clasificación de las extensiones terrestres

del globo podía hacerse y de hecho se hacía por el más primitivo procedimiento, sin tener que recurrir a la Geografía. Todo el mundo podía adquirir, como yo la adquirí, una erudición bastante para saber que en la superficie de nuestro planeta las tierras se clasificaban en tierras del sol, tierras del fuego, tierras de la nieve, tierras del cacao, etc., etc. A decir verdad, cuando llegué aquí pude añadir un término a esa clasificación; ya supe cuál era la tierra del viento.

Con viento llegué a Mahón; al día siguiente, me enteré de que no salía el vapor a causa del viento; buscando casa, la dueña de una de las visitadas me ponía como condición para tomarla que viese antes lo que hacía, para que el viento no me hiciese arrepentir después; seguí notando el viento que silbaba cerca de mi habitación con su furia natural, meses y meses, y ahora mismo, si se me ha ocurrido escribir esta impresión, es porque el ruido del viento llega a mis oídos.

Es notable la labor del viento; azota la costa N. de la isla, encrespa el mar y lo azuza contra las rocas, éstas incommovibles resisten y resisten años y años, siglos y siglos, pero, poco a poco, van rindiéndose a la acción de agua y aire tan furiosamente aliados. En sus iras contra la tierra no todo es inclemencia; su trabajo deja huella y una huella tan hermosa que se admira hoy por el visitante en las calas, en los cabos, en los entrantes y salientes de esa costa que unas veces se adelanta señalando al N. como para indicar el origen del viento asolador y otras se abre con abrazo de caritativa hembra para resguardar en su seno a los que huyen de la violencia del encrespado Eolo.

Es el viento el que hace crecer en curva a los árboles, es el viento el que riza con blanca espuma la superficie de las aguas, es el viento el que levanta las nubes de polvo, es el viento el que desgaja cal y yeso de las paredes, es el viento el que hace inclinar y balancear las embarcaciones; sí, todo eso al viento se debe, pero se le debe también la labor más grande de todas las que se realizan en la Isla; la labor sanitaria en la que no tiene rival; es el viento el que remueve la atmósfera que nos envuelve, es el viento el que

limpia el ambiente de miasmas, es el viento el que produce esas estadísticas demográficas de escasa totalidad con una mayoría de vejez, contra la que el viento nada puede y los hombres menos.

Sí, con cariño, hemos de sentir la caricia del viento, él nos despierta por la mañana con su silbido de extraña armonía, él nos acompaña cuando cruzamos el Puerto, ya empujándonos, ya inclinando la vela para hacernos sentir la emoción de un peligro que no se realiza, o ya ofreciendo resistencia a nuestra marcha para hacerla, por más larga, más entretenida; él es el que nos ciega cuando salimos al campo e introduce en nuestros ojos tenues piedrecillas que nos hacen perder de vista las cosas terrenas y pensar en otras más altas, más celestiales; él es, por fin, el que nos arrulla cuando buscamos en el lecho un descanso reparador.

Los primeros días de nuestra estancia en Menorca preguntábamos al despertar: ¿sopla hoy el viento? Y soplaba. Repetíamos invariablemente la misma pregunta varias mañanas y recibíamos idéntica certidumbre de que los rumores llegados hasta nuestro lecho eran del viento. Unos días era el Norte o *Tramontana*, frío y violentísimo, otros días era el *Llevant* que no dejaba venir los vapores de la Metrópoli; otros el *Mestral* que, por el contrario, les empujaba; otros, el *Xaloc*, el *Ponent* que quema la sangre, el *Guergal*, el *Mitjorn* o el *Llebeitj* que también se llama *tumba ingleses* y que pone los pelos de punta al que bogando por el puerto cae en la cuenta de que donde pueden dar un tumbo los ingleses pueden darlo también los españoles. Toda la rosa de los vientos funcionaba aquí y, así, la cotidiana pregunta del amanecer no fué en demanda de si soplaba o no el viento, sino en súplica de la dirección que tenía el viento de aquella jornada.

El viento constituye una gran parte de la vida menorquina, nada sin contar con el viento puede hacerse, y en la ciudad y en el campo, en el mar y en la tierra, a un tiempo han de tenerse presentes el auxilio del viento y la defensa contra el viento. El viento es música, el viento es fuerza, el viento es limpieza, el viento es salud, y sin el viento nada hubiera sido el puerto de Mahón, en aquellos

tiempos en que los barcos habían de refugiarse en los senos de la tierra de Menorca para huir del mismo viento que con tanta violencia se hacía sentir en esa misma menorquina tierra. El viento, pues, característico aquí, con sus inconvenientes y sus molestias, tiene que ser aceptado con orgullo por sus buenas obras, al modo como los padres aceptan y quieren a sus hijos, a pesar de sus defectos.

Su labor salutífera por un lado y la constancia de su presencia por otro, nos acostumbran a ese elemento que de hecho es menorquín y es justo que lo sea de derecho. Por eso, al iniciarse el día, todo buen habitante de este querido trozo de tierra española, debe invocarle con palabras de fervor: ¡Oh, nuestro viento de cada día, sopla nos hoy!...

V

La alegría continua

POR los escenarios de estos pueblos desfilan estrellas de mayor o menor cuantía, *duettos* de reconocido mérito y demás números de *varietés* al uso corriente, y las sesiones de *cine* se ven amenizadas con el refuerzo de los artistas que llegan de Barcelona o Palma cada semana para buscar el aplauso y... las pesetas del público menorquín.

Y así lo pasamos, plácidamente, desde que la Cuaresma acaba hasta que el rigor del invierno hace pensar en algo más consistente que ese género que calificaron de ínfimo los hermanos Quintero. Entonces suelen venir compañías de ópera, de opereta, de declamación, de género chico... No es que, precisamente, estén siempre formadas por notabilidades, pero, a menudo, preséntase un conjunto aceptable. Y, sobre todo, son baratas.

Es Menorca un país de diversión fácil; por seis reales hemos visto *Sansón y Dalila* en el teatro Principal de Mahón, sentados

en la localidad preferente, y por cinco hemos aplaudido la esmerada interpretación de obras vienesas por la compañía italiana de los señores Marchetti y Granieri. Por sesenta céntimos hemos oído la opereta *Eva*. Por cuarenta hemos admirado a bastantes coupletistas de las que hacen buen papel en los Salones de espectáculos barceloneses, y las hemos visto alternando con otras variedades y con algunas cintas kilométricas de la casa *Pathé* o de la casa *Gaumont*. Hagamos excepción de la Raquel Meller; la simpática artista que durante tanto tiempo fué reina del *couplet* en la ciudad Condal, ha sido aquí objeto también de singulares preferencias; para oírla se ha pagado más del doble de lo corriente, se ha llenado el teatro más grande de la capital de la isla la mayor parte de las noches que ha cantado... y han parecido pocas estas noches, y la influencia de la Raquel ha sido tan grande en estas tierras, que han aparecido imitadoras dispuestas a lucir sus aficiones no sólo en esta roca, sino *allende* los mares. En cuanto a tales imitadoras, diremos que no hemos de unir nuestro aplauso al de los que las alientan; son muy niñas, carecen de la picaresca gracia que es el aliño de la mayoría de las canciones, y sería muy de desear que no se les facilitase el medio de adquirirla..., todo ello, sin negarles una buena voluntad, que sería muy laudable empleada en otros objetos.

El número de Cines es aquí extraordinario; creo que no faltan en ningún pueblo, y si no lo aseguro es por no haberlo podido comprobar. En Mahón siempre funcionan dos simultáneamente y en frecuentes ocasiones el número de los abiertos al público es de cinco. No falta, pues, distracción en la cabecera de la isla en invierno ni en verano. Es una ciudad de alegría continua, a juzgar por el franco espíritu con que sus habitantes acogen las diversiones de este género. Claro está que a medida que ellas invaden el país y se adueñan de las aficiones de sus hijos, van olvidándose las costumbres antiguas y las fiestas pierden su carácter típico. El forastero notará, sin duda, que en esta alegría continua falta mucho de lo que en otras partes es objeto de mayor entusiasmo popular y que se prefiere la diversión pagada en local cerrado a la fiesta al

aire libre con el regalo espléndido de la vista de la naturaleza y de la luz del sol, o de los astros en las noches de verano.

Hay en las inmediaciones de la población unos vergeles que constituyen quizás el sitio más pintoresco de los alrededores; multitud de casitas de campo salpican una alfombra de perenne verdor que cuadriculan las tancas y alegra el susurro del agua corriente que riega aquella extensión cerrada por la carretera vieja de la isla y por las rocas sobre que se asienta la nueva carretera; como presidiendo el conjunto el ermitorio de San Juan Bautista acurrucado en un entrante de las rocas se alza poéticamente risueño pregonando su antigüedad y atrayendo hacia el rincón que lo envuelve la mirada del transeunte. Una pequeña esplanada se extiende a la puerta de la capilla y allí se escucha el incesante *runruneo* de una corriente sutil de agua y en unos árboles que rodean el sitio anidan los pájaros llenando el aire de armonías sugestivas. El ermitorio y los vergeles a diez minutos de la ciudad deberían ser puntos de reunión en muchas ocasiones y sobre todo en la fiesta de San Juan y allí debiera celebrarse una romería y allí alegrarse la gente a los sonos de músicas y danzar los bailes típicos del país.... pero, no es así; el día de la fiesta del ermitorio quise cerciorarme del entusiasmo con que se celebraba y me encontré en la esplanada y me crucé en el camino con contadas personas. Los demás días he hallado a lo sumo alguna pareja de novios y en general he notado el completo olvido de aquel aliciente natural, de aquella distracción regalada a esta tierra por la Naturaleza y por nuestros antepasados.

Y a este tenor podría juzgarse, en términos generales, de la afición que aquí existe a lo que pudiéramos llamar típico y popular. Yo apenas he conocido bailes callejeros, pero sí me he enterado de los muchos bailes de salón que se dan durante el año.

Hay que hacer alguna excepción sobre el Carnaval; el Carnaval dura aquí desde Navidad hasta el miércoles de Ceniza, pero ¡qué Carnavall!; tan largo es como decadente, que en esto no va a la zaga del resto de España. Y tal vez eso y los antiartísticos *bujots* de San Juan, sean algo de lo poco que queda de las costumbres festivas de otros tiempos.

Verdad es que los mahoneses de principios del siglo XIX, parecían presentir esta decadencia de lo típico cuando tuvieron la idea, piadosa sí, pero a mi humilde juicio, completamente desacertada, de rodear el ermitario de la Patrona de la población con el cementerio de la ciudad. En otras localidades, a visitar tales templos acuden los fieles en continua romería; en Mahón, es preciso para orar a la Virgen de Gracia, acudir al Camposanto..... Y ello hay que convenir que no es un atractivo ni mucho menos.

No se tomen estas impresiones en sentido de censura para los mahoneses; de la invasión del Teatro y del Cine, han podido salir algunas sensibles vocaciones de cancionistas, pero la cultura general no ha perdido nada, antes se ha beneficiado con las enseñanzas que escasas películas proporcionan y con la afición a las Bellas Artes que el Teatro ha impulsado en una medida muy apreciable. En Mahón hay *coupletistas*, es cierto, pero de esta isla salió un tenor que no desentonó en el Teatro Real de Madrid; de ella ha de salir un barítono a quien tal vez estén reservados muchos aplausos; existe en Mahón un Orfeón, que a mí me place oír con frecuencia; toca en los paseos algunos días una banda municipal, cuya labor como tal no puede censurarse por constituir el descanso del trabajo diario en los distintos oficios de los músicos y, por no citar más, se ha dado a conocer en el Teatro Principal un escenógrafo, que ha conseguido nombre fuera de la isla y encargos de obras para otros escenarios.

No vamos contra la corriente; al contrario, la facilidad de las diversiones en Menorca es un atractivo para el forastero; pero nos gusta tanto lo típico, es tan estimable ese arte de las fiestas populares, que nos duele verle tan olvidado, tan muerto.....

VI

Las comunicaciones

LA verdadera impresión de isla en esta de Menorca la producen las comunicaciones.

El correo con la Metrópoli no es diario; tiene un itinerario marcado que se interrumpe con frecuencia porque así lo quie-

ren el viento o la niebla. Pero nosotros hemos presenciado otra causa de interrupción que no tiene nada de ordinaria; la huelga marítima. Cuando hace algunos años se declaró la huelga ferroviaria en Cataluña, las comunicaciones terrestres se substituyeron en lo posible por las marítimas. Aquí al declararse la huelga marítima no podía haber reciprocidad y la suspensión de los correos fué completa durante varios días. Hacemos estas indicaciones para significar que aun cuando hubiese el más firme propósito de equiparar esta isla a una comarca cualquiera de la Metrópoli, en materia de comunicaciones, se tropezaría con una imposibilidad absoluta de conseguirlo. ¿Pero se hace lo posible por aproximarse a ese ideal? Tal vez sí, aunque con una lentitud desconsoladora.

Hace cuarenta años un vaporcito hacía un viaje semanal a la Península; algo más tarde los viajes eran dos, que con otro a Mallorca podían traer tres veces a la semana el correo del Continente; ahora son tres los vapores directos a Barcelona, uno de ellos haciendo escala en Alcudia, de modo que, salvo la mayor rapidez de uno de ellos, estamos exactamente igual los peninsulares que hace veinte años. ¿Se ha adelantado algo de un modo positivo? Creemos que no y creemos que lo hemos demostrado.

Cuando exponíamos a alguien estas ideas, no faltaba quien nos objetase con los cinco viajes que se hacen a la isla de Mallorca, los que bien pueden ser enlaces con otros de la Península a la Balear Mayor. Pero es el caso, que existiendo en realidad esos viajes, no nos proporcionan ventaja alguna a los que tenemos familia o intereses en la Península.

Vamos a demostrarlo. Los lunes sale un vapor para Palma de Mallorca; si lo aprovechamos para escribir a Barcelona, punto el más próximo de la Península, nuestra carta llegará a la ciudad condal el miércoles, permaneciendo en Palma todo el martes. Los martes sale un vapor de Mahón para la Península; si la carta del día anterior la depositamos en el vapor del martes, llegará a Barcelona el miércoles. ¿Qué ventaja ha producido el correo del lunes? Ninguna.

Los miércoles sale un vapor para Palma y los jueves otro para Barcelona; con repetir lo dicho de las combinaciones del lunes y

del martes, queda demostrada la inutilidad para los peninsulares del vapor del miércoles.

Y lo mismo puede decirse del vapor que el viernes sale de Ciudadela para Palma, relacionándolo con el que el sábado zarpa de nuestro puerto para Barcelona.

Los martes y los jueves un vaporcito va de Ciudadela a Alcudia. Claro está que si en esos días zarpan correos de este puerto para la Península, no habrá quien, a no ser por capricho, quiera utilizar los viajes entre las dos Baleares.

Para completar el argumento, salgamos al paso de los que no estén conformes con que Barcelona sea el único puerto de la Metrópoli al que hayan de dirigirse los mahoneses. Supongamos que quieran ir a Valencia. Saldrán de aquí el lunes por la noche y transbordando en Palma llegarán a Valencia el miércoles, el mismo día que llegarían a la Ciudad del Cid si embarcasen aquí en el vapor del martes y tomasen el tren a su llegada a Barcelona.

Luego el itinerario de salidas de esta ciudad no favorece a los peninsulares.

Veamos el de llegadas. Tres correos se reciben de la Península: los miércoles, los viernes y los domingos. De los cinco que llegan a la isla desde Mallorca, tres lo son en esos mismos días y los dos restantes entran en Mahón los jueves y los sábados, es decir, que ninguno de los cinco sirve para adelantar nada, ni siquiera para llenar el hueco del lunes y el martes, días de incomunicación postal que determinan el intervalo largo que a tan dolorosas consideraciones se presta para los que tenemos en la Metrópoli familia próxima. Para hacer honor a la verdad, diremos que existe una apariencia de utilidad en los correos que los sábados llegan de Mallorca. La correspondencia de la Corte se recibe normalmente en ese correo, y se observa que la prensa madrileña de los miércoles puede, gracias a esa utilización, leerse en Mahón los sábados.

Apariencia de ventaja llamamos a este hecho, porque no es tal ventaja, es sólo la disminución de un perjuicio lamentable. Los viernes llega a Mahón el vapor que zarpa de Barcelona los jueves a las cuatro de la tarde. Y la prensa que en la ciudad Condal se

lee a las nueve y media de la mañana, ¡¡no puede salir en ese vapor de las cuatro de la tarde!! Y esa prensa es la que llega aquí los sábados en vez de los viernes. Es decir, que sobre ser pocos los correos, todavía no se utilizan debidamente, todavía no se obtiene de ellos el partido que debiera. Es dolorosísimo que una carta escrita en Madrid el miércoles, y que dirigida a Barcelona se leería a la una de la tarde del jueves, al ser destinada a Mahón no pueda leerse hasta el sábado, recibéndola de Mallorca, es decir, habiendo de utilizar una combinación de vapores y despreciando el que, con escala en Alcudia, sin transbordo ninguno, sale de Barcelona para Mahón el mismo jueves. Este hecho lamentable tiene varias explicaciones; que si de Madrid se manda el correo a Valencia y no a Barcelona porque los jueves sale de Valencia el vapor de Mallorca, que si a Barcelona llega el tren correo de Madrid después de la salida del vapor de escalas, etc. Todas cuantas explicaciones se den no bastarán a justificar esa dolorosa postergación de que somos objeto los que vivimos en esta isla. Que existiendo vapor de Barcelona a Mahón, venga correspondencia por Mallorca con un día más de retraso, es sencillamente lamentable, y valdría la pena de que, siguiendo el actual itinerario, las entidades a quienes corresponda, acudieran a la Dirección general de Correos, exponiendo el caso; es seguro que se alcanzaría muy pronto el remedio, con tanta más facilidad, cuanto que, con ello, a nadie se perjudica, ni se producen gastos al Estado, y solamente se hace práctico un viaje del vapor correo, cuya utilidad actualmente sólo a medias se obtiene.

Resulta, en definitiva, que con la actual organización de los correos, que data de la promulgación de la Ley de Comunicaciones marítimas, se han beneficiado realmente los habitantes de esta isla que tienen intereses en Mallorca; de un vapor semanal directo y otro que tocaba en Alcudia, es decir, de dos vapores a la semana han pasado a tener seis, cinco directos y el mismo que antiguamente venía por escalas de Barcelona. En cambio, los peninsulares no han conseguido ventaja ninguna, porque si antes podían contar como utilizable uno de los viajes entre Mallorca y Menorca, hoy ninguno de los cinco le presta utilidad.

Yo creo que cuando las cosas están así, su razón habrá; creo también que la compañía que tiene a su cargo el servicio de vapores correos, no puede hacer más de lo que hace y merece la gratitud de los que en Menorca vivimos; pero ¿no podría estudiarse el medio de que en circunstancias normales, cuando no son violentos los temporales... ni hay huelgas marítimas, pudiésemos llegar al correo diario con la Península?

¿Es tan difícil de resolver el problema?

En la actualidad, adoptando todas las combinaciones posibles, el viaje entre Barcelona y Mahón, puede hacerse de las siguientes maneras:

1.º Directo.

2.º Por escalas.

3.º Por vía marítima de Barcelona a Palma y de Palma a Mahón y viceversa.

4.º Por vía marítima de Barcelona a Palma y de Palma a Ciudadela y terrestre de Ciudadela a Mahón, e inversamente.

5.º Por vía marítima de Barcelona a Palma, terrestre de Palma a Alcudia, marítima, otra vez, de Alcudia a Ciudadela y, de nuevo, terrestre de Ciudadela a Mahón y viceversa.

Ocurre que las horas precisas para realizar la más larga de tales combinaciones no llegan a veinticuatro. Sucede, además, que arriban a los puertos de la isla ocho vapores correos semanales. Y se ofrece, por último, la circunstancia de que la semana tiene siete días, es decir, uno menos que vapores correos llegan a la isla. ¿No sería digno de estudiarse el medio de que, empleando las cinco formas citadas y sin variar el número de los viajes actuales, sólo con la adopción de itinerarios adecuados, se pudiera lograr que la correspondencia se recibiera en Mahón todos los días, con el solo retraso de una fecha a contar de la salida de Barcelona? ¿No podría con ello, además, conseguirse que las personas con intereses y familia en la Península, pudieran, en los casos de urgencia, emprender el viaje el mismo día que la urgencia apareciese o el siguiente?

Estamos a las puertas de Barcelona; merece atención este

asunto y la satisfacción con que los peninsulares vivimos en esta hospitalaria *roqueta*, aumentaría, al asegurarse la tranquilidad de espíritu, en tanto el comercio obtendría un beneficio considerable.

Debe luchar Menorca hasta conseguir el ideal del correo diario, para que la distancia de ciento treinta millas que nos separa de la ciudad Condal, no sea doble los lunes, miércoles y viernes y triple los domingos.

(Continuará).

El depósito franco de salitre

NUESTROS afanes en pro del resurgimiento de este puerto se han de ir viendo satisfechos, más o menos pronto, según todos los indicios, si no con la amplitud que desearíamos en alguno de los aspectos bajo los cuales lo hemos estudiado, con la extensión suficiente, al menos, para halagar las aspiraciones de los amantes del país y resarcirnos de los sinsabores que aquellos afanes nos hayan producido.

Es ya un hecho el balizamiento y alumbrado interior, por el que durante tanto tiempo se había clamado. Están ultimados los proyectos de dragado y de amarraderos para grandes buques. Se ha ordenado también proyectar una vía de enlace entre el muelle y la ciudad, que ponga en conveniente comunicación el puerto con las carreteras que conducen al interior de la isla, mejora que ha de embellecer, además, la principal entrada a la población y que constituye uno de los más antiguos y ardientes anhelos de estos habitantes. Van entrando en vías de realización las obras necesarias para el establecimiento de una base naval de fuerzas sutiles. Lógico es suponer que, como consecuencia de esta importante determinación del Ministerio de Marina, el Estado Mayor Central del Ejército propondrá la acumulación de los elementos

necesarios para la defensa de esta base naval. Y por último, la elección de nuestro puerto para el establecimiento de un gran depósito franco de salitre de Chile, proveedor de los demás puertos del Mediterráneo, nos asegura, en plazo más o menos próximo, un nuevo elemento de vida en sus aguas, hoy casi desiertas, que aumentará la animación producida por los buques de guerra de esta estación, pudiendo dar origen a la vez a un resurgimiento comercial e industrial que repercuta beneficiosamente en toda Menorca.

De este último asunto, del que, por su importancia, nos hemos ocupado diferentes veces, nos proponemos hoy tratar con alguna mayor extensión de la que hasta ahora le hemos dado.

No se vaya a creer que nos deslumbra un ciego optimismo, haciéndonos considerar ya conseguidas las transcendentales mejoras que hemos enumerado; pero tampoco nos hemos de dejar dominar por un pesimismo funesto y desalentador que sea causa del abandono de las gestiones necesarias para llevarlas a feliz término, no debiendo olvidar que aquellas mejoras han de ser la base de la prosperidad de nuestro puerto y, como consecuencia, de la de Menorca entera, cuya importancia se debe principalmente a la de aquél. Iniciados y bien planteados todos los proyectos, es preciso que cuantos se interesen y estén en condiciones de laborar por el bien de esta isla, que, en lo que se refiere a las mejoras aludidas, ha de redundar en beneficio de la Nación, se esfuercen ahora más que nunca en continuar los trabajos precisos para lograr que aquéllas se vayan desarrollando cuanto antes en toda la extensión conveniente.

Al poco tiempo de empezar la guerra europea, que tantas perturbaciones ha ocasionado en el orden económico al mundo entero, es decir, en los últimos meses de 1914, coincidieron en sus proposiciones para llevar el comercio de España a las costas occidentales de la América del Sur, estableciendo una línea de navegación entre el Mediterráneo y el Pacífico, la *Casa de América* de Barcelona, el *Centro de Cultura Hispano-Americana* de Madrid y el Encargado de Negocios de Chile don Francisco Echáurren.

En la exposición que este diplomático elevó a los Presidentes

de la Junta de Iniciativas y de la Liga Marítima Española se explica cómo, desde los tiempos en que terminó la magna obra colonizadora de España en la región occidental de Sud América, los pueblos que allí se constituyeron han vivido completamente desvinculados de la antigua Metrópoli, teniendo que buscar en países extraños a su origen las relaciones necesarias a su desarrollo social y económico,

Inglaterra fué la primera nación que en esa época de transiciones absolutas llevó sus naves a las costas occidentales del Pacífico, y a mediados del siglo pasado dió forma regular a su corriente de navegación directa a Chile. Estos buques llevaron allí los primeros contingentes de inmigración alemana, y en 1883 condujeron también la primera misión militar del Gobierno imperial.

Esta misión despertó en Alemania un marcado interés hacia Chile, en términos que, en las postrimerías de la pasada centuria, la compañía de navegación *Kosmos*, de Hamburgo, inició sus viajes regulares a Valparaíso. Dos años más tarde esta empresa había QUINTUPLICADO la capacidad de su tonelaje y REDOBLADO la frecuencia de sus viajes.

En 1910 la «Estadística Marítima de Chile» registraba ya una entrada de ultramar a puertos chilenos de **876** vapores y **102** veleros alemanes; en 1912 se aumenta esta estadística a **1,685** vapores y **130** veleros de ultramar, más **253** vapores y **24** veleros en servicio de cabotaje. En estos mismos años sólo figuran **3** vapores españoles entrados en 1910.

En los dos años 1911 y 1912 no le faltó gran cosa a la flota mercante alemana destinada al comercio con Chile para *triplicar su movimiento; pero había triplicado su tonelaje.*

Los sucesos de Europa han destruído súbitamente ese progreso asombroso, fantástico, llevado a cabo en menos de veinte años sin cooperación fiscal de ninguna especie. Los productos de la industria alemana no llegan ya a Chile, ni pasan a Bolivia, al Perú, al Ecuador. El nitrato de sosa de Chile tampoco va a Hamburgo a aumentar la actividad y el movimiento de ese puerto, que era el centro más importante de las transacciones del abono y el asiento

del *stock* abastecedor de Dinamarca, España, Suiza, Italia, Rusia, Turquía y los países balcánicos.

Entre las naciones neutrales que pueden aprovechar este estado de cosas, figura España en situación privilegiada. El caso citado de la compañía alemana de vapores *Kosmos* pone de manifiesto la espléndida base que ofrece el comercio de aquellos países americanos al establecimiento de una línea de navegación al Pacífico.

Desde luego, España podría importar todas las primeras materias propias del suelo de Chile que reclame su industria, y mediante la línea de navegación establecer el necesario *stock* de nitrato de sosa en un puerto del Mediterráneo, *stock* que podría tener un movimiento anual de trescientas a cuatrocientas mil toneladas, en calidad de ingresos.

Al propio tiempo exportaría directamente a las repúblicas sudamericanas del Pacífico los numerosos productos españoles que importaban, en su mayor parte, desde Alemania e Inglaterra, y aun los productos extranjeros que embarcara en Génova y en Marsella.

Coincidiendo las proposiciones de las entidades nacionales que hemos mencionado, con los deseos del Gobierno chileno, preocupado por su deshecha exportación salitrera y la falta de importación de los productos europeos que consumía, e interesado en fomentar nuevas líneas marítimas que le pusieran en contacto con los mercados de Europa y en especial con el Mediterráneo, fué encargado de coordinar estos propósitos el señor don Rafael Vehils, Director General de la *Casa de América*, por delegación del Consejo de Gobierno de dicha entidad.

Ayudado por importantes elementos financieros y navieros para organizar la línea de navegación y establecer el depósito salitrero en el Mediterráneo, el señor Vehils ha realizado largas gestiones, cuyo proceso no hemos de detallar, en obsequio a la brevedad, pero cuyo estado actual puede resumirse en los términos siguientes.

Entre Inglaterra y España, especialmente entre el Sindicato de banqueros de Barcelona, se ha aportado el capital necesario para la magna empresa, siendo españolas las acciones y habiendo tomado la Gran Bretaña buen número de millones en obligaciones.

Además, un sindicato inglés se comprometió a proporcionar seis transatlánticos modernos. Las exigencias de la guerra impiden actualmente cumplir este compromiso, y, en consecuencia, se ha tratado con la Transatlántica española y ahora con empresas holandesas de la aportación del tonelaje necesario, ínterin se puedan construir los buques en España. Para continuar estas gestiones se halla actualmente en Madrid el señor Vehils, quien es probable venga luego a este puerto con el agente diplomático de Chile.

El Gobierno español tiene acordado hace tiempo la publicación del decreto de concesión del depósito franco, faltándole la designación del puerto mediterráneo que se eligiera. Esperaba, además, la apertura de las Cortes para conceder una subvención a la empresa naviera, El Gobierno de Chile, vivamente animado del propósito de estrechar las relaciones comerciales y políticas con España, presta decidido apoyo a la empresa de navegación española, habiendo acordado ya la subvención con que ha de auxiliarla.

Para determinar el puerto del Mediterráneo en que se ha de establecer el depósito de salitre, se han estudiado el nuestro y los principales de la Península. Los trabajos efectuados en este puerto por el señor Vehils, auxiliado por las personas con quienes al efecto se había puesto en relación, los referimos oportunamente. Barcelona, Tarragona y Almería principalmente, hicieron vivas gestiones para obtener la concesión. En un viaje que tuvimos el gusto de efectuar el verano último con el señor Vehils, y en el que tratamos largamente del asunto, se nos presentó la ocasión de leer los informes relativos a los diferentes puertos estudiados, sacando desde luego la impresión de que el nuestro era el que reunía las condiciones más favorables. Además, el señor Vehils, desde un principio, manifestó su preferencia por este puerto, por cuya designación ha tenido verdadero interés, reconociendo sus buenas condiciones naturales y económicas. El señor Conde de Romanones, en el viaje que acababa de efectuar a estas islas, había demostrado también estar enterado del asunto, expresando sus deseos de que llegaran a realizarse los proyectos del señor Vehils. Es público, además, e interés con que se ocupó de nuestro puerto en su visita al mismo.

En diciembre próximo pasado el Gobierno de Chile aceptó la designación del puerto de Mahón para el depósito franco del salitre en el Mediterráneo. En consecuencia, hemos de creer, fundadamente, que en cuanto las circunstancias permitan establecer la línea de navegación proyectada, han de ser una realidad nuestras aspiraciones, si el Consejo de Administración de la Compañía acepta esta designación.

Los buques partirán de Génova y, por los estrechos de Gibraltar y Magallanes, se dirigirán a los puertos de Chile y del Perú, con los productos que estos países importan de Europa, para regresar por el canal de Panamá y estrecho de Gibraltar a Mahón y Génova, dejando el nitrato de sosa en el depósito franco de este puerto.

En las dos visitas del señor Vehils se han estudiado los edificios de sus orillas y emplazamientos que pudieran convenir para el depósito. Puede considerarse hoy como más indicado el edificio de la antigua fábrica de Calafiguera, y, de no aceptarse éste, uno que se levantaría, de nueva planta en terrenos de San Antonio, frente a la isla del Rey; esta solución exigiría el dragado del canal del Norte de dicha isla y la construcción de un muelle en la orilla septentrional del puerto.

De nuestro depósito franco han de venir a surtirse los buques que llevarán el salitre a los diferentes puertos mediterráneos de Europa, Asia y Africa.

Las *calicheras* o nitreras naturales de Chile y del Perú producen el nitrato de sodio; éste se puede convertir en nitrato de potasio, que es el verdadero salitre, obteniéndose a la vez el carbonato de sodio. Puede también conseguirse de aquel producto natural el iodo, puesto que en él existe en estado de ioduro y de iodato, y también el ácido nítrico que tantísimas aplicaciones tiene.

La obtención de estos productos derivados del salitre natural de Chile daría origen a varias industrias que se establecerían en el depósito franco. Al propio tiempo se desarrollaría un importante movimiento comercial en nuestro puerto, ya que de aquel producto y de sus derivados se hace hoy un enorme consumo en la agricultura, las artes y la industria.

Con el establecimiento de la navegación directa de Mahón a las repúblicas occidentales de Sud América, nuestros fabricantes de calzado y de monederos de plata conseguirían abrir en ellas nuevos mercados para sus industrias respectivas; y los últimos podrían lograr quizá la obtención directa de la plata del Perú.

Terminaremos repitiendo las últimas palabras del señor Vehils en las cuartillas que nos dejó en su primera visita a esta ciudad:

«Lo que sí creo, prescindiendo de la iniciativa causa de mi viaje, es que podrían los mahoneses significar algo en el Mediterráneo, si alcanzasen a lograr lo que los peninsulares no hacen tampoco: una fuerza de sinergia social con actuación política insular, plena, sin el desmenuzamiento de grupos, con etiqueta más o menos reputada afuera y agua dentro, como los vinos malos».

Mahón, febrero de 1916.

Antonio Victory.

La juventud de Orfila

(Fragmento de una autobiografía inédita) (*)

(Conclusión)

Y es en este momento que siento la absoluta imposibilidad de describir la más feliz de las fases de mi existencia y de expresar por qué brillantes cualidades inspiraba madama la Princesa de Vaudémont la admiración, el cariño y el respeto. Nunca mujer alguna tuvo un juicio más sólido ni una firmeza de alma más grande; el

(*) El fragmento de las Memorias inéditas de Orfila que damos a nuestros lectores, fué publicado a mediados de 1914 por M. Gabriel de Chapel d'Espinassoux, cuyas son las líneas que le preceden, en la *Revue Hebdomadaire* de París. La traducción ha sido hecha por el Profesor de idiomas de este Ateneo don Miguel Oliver Amorós.

hombre más felizmente dotado bajo este doble aspecto no podría reunir estas cualidades en más alto grado; nunca fué mujer alguna más afectuosa, ni más benévola, ni más cordial con sus amigos; la sencillez de sus maneras contrastaba prodigiosamente con lo ilustre de su cuna casi real, y difundía a su alrededor como un encanto especial que se apreciaba tanto más cuanto que no dejaba lugar alguno a ese ceño insolente de los pequeños nobles de antaño, cuyo ridículo no se cansaba ella de censurar. Ya he dicho la cordialidad que tenía para con sus amigos, cualquiera que fuese el partido a que perteneciesen; ella les era siempre afecta; Vitrolles el legitimista, Lavalette el bonapartista, Fouché el antiguo republicano, se encontraron en circunstancias difíciles; los tres recibieron de esta noble dama pruebas inequívocas de una simpatía que no dejaba de ser peligroso a veces el hacer ostensible. ¡Qué no hizo ella para arrancar a Lavalette del cadalso, y cuántas gestiones importantes no intentó hacer cerca del duque de Richelieu y de Barbé-Marbois, uno presidente del Consejo de Ministros y el otro Ministro de Justicia! ¿Y quién ignora que después de haber adquirido la convicción de que el desdichado preso debía ser ejecutado al día siguiente, organizó ella aquel famoso plan de evasión tan bien concertado, y que la señora de Lavalette ejecutó con tanta sangre fría como abnegación y éxito? No olvidaré en mi vida que me encontraba en casa de la princesa la noche misma en que debía verificarse la fuga de Lavalette, y que mientras ambos hablábamos, sin que ella pareciese preocupada, de repente un hombre enmascarado abre la puerta, arroja una capa en la habitación y huye precipitadamente! «Nuestro amigo Lavalette, dijo ella, está salvado. Guarde usted el secreto». Era la señal convenida para poner en su conocimiento el éxito de la empresa.

Dos días después, la policía se presentaba en casa de la gran señora para buscar infructuosamente al feliz preso, que Sir Robert Wilson tenía a buen recaudo en su casa.

Me precisarían numerosas páginas para referir todos los actos de amenidad, de generosidad y de beneficencia de que fuí testigo durante los veinte años que tuve la dicha de pasar en el círculo de

los íntimos de esa buena y excelente princesa; me limitaré a decir que ella había tomado cariño a mi mujer y a mí, y que nosotros éramos recibidos y acogidos por ella con una cordialidad y una ternura tales que, si no la hubiéramos amado profundamente a causa de sus raras cualidades, tendríamos que haberla adorado por gratitud. ¡Júzguese del golpe fatal que debimos sentir, en enero de 1833, cuando a consecuencia de un ataque de apoplejía, vino la muerte a romper unos lazos que nosotros habríamos querido creer indisolubles!

El salón de la señora de Vaudémont era constantemente frecuentado por sus numerosos amigos, personajes casi todos pertenecientes a la más alta sociedad parisiense. El príncipe de Talleyrand, sus hermanos, la señora duquesa de Courlande, su hija tan inteligente, tan amable y tan atrayente, la señora duquesa de Dino; todos los miembros de la familia de Caraman, el duque de Richelieu, el príncipe de Montmorency-Laval, el príncipe y la princesa de Rohan, la señora de Coigny, el duque de Pasquier, el conde de Molé, el señor de Boisgelin, el señor de Vitrolles, los duques de Marmier, etc., frecuentaban con asiduidad ese salón, en donde se veían aún todas las celebridades y todos los prestigios de Europa que venían a visitar la capital. Wellington, Castlereagh, Metternich, Nesselrode y los embajadores de todas las potencias extranjeras, el señor de Appony y su esposa, el señor de Werther y tantos otros generales y diplomáticos, consideraban un deber el presentar sus homenajes de pleitesía a los pies de la gran dama.

En fin, los artistas más distinguidos se honraban en dar realce a los numerosos y admirables conciertos que ella daba para hacer de su casa la más agradable de París; allí, a menudo ejecutábamos música mi esposa y yo, con Parta, Camporesi, gran cantante romana, García, Pelligrini, Rubini, Lablache, Tamburini y con los mejores *amateurs* de la época. El atractivo que tenía para mí ese salón era tal, que me absorbía por completo, no abandonando mi hogar doméstico más que para trasladarme allí. Es en ese período de mi vida y en esa casa tan célebre que he conocido todo lo que la capital contenía de distinguido; las relaciones que había establecido

con la mayor parte de estos hombres poderosos, me fueron en extremo útiles en el curso de mi vida administrativa, para allanar los obstáculos que, sin eso, me hubiera costado trabajo vencer para llevar a feliz término mis diversos proyectos de mejoramiento de los estudios médicos.

Existía entonces otro salón notable, el de la señora condesa de Rumford, viuda del ilustre e infortunado Lavoisier; allí se daban cita igualmente la mayor parte de las celebridades ya mencionadas, y, además, sabios de primer orden, tales como Laplace, Fourier, de Prony, etc., Guizot, el duque de Broglie, madame de Staël, el duque de Decazes, Villemain, los condes de Delaborde con sus bellas hijas, el señor Gabriel Delessert, etc., venían a aumentar el encanto de esa brillante sociedad, en donde se hablaba a la vez de política, de literatura y de música. La dama de referencia, de un carácter firme y decidido, era una mujer superior, y gozaba de una gran fortuna; aunque de modales un poco rudos, tenía un corazón excelente, y, por mi parte, sería yo un ingrato si no conservase de su benevolencia para con mi mujer y para conmigo un piadoso recuerdo.

A la muerte tan sentida de madame de Vaudémont, el salón de madame de Rumford se hizo de día en día más de moda, y se puede decir que era éste el único de París en donde se reunían dos veces por semana los personajes más importantes.

El 1.º de julio de 1815, me casé con la señorita Lesueur. El lector, ya iniciado en una parte de los hechos que voy relatando no se extrañará de este acontecimiento cuando sepa que, durante cuatro años, cada día me hacía descubrir en la que amaba nuevas cualidades; a un espíritu seguro y distinguido, a un juicio al abrigo de todo reproche, a un físico muy agradable, reunía esa joven, como ya he dicho, un talento musical que se había desarrollado mucho y que era ya de los más notables. Para mí era un ser perfecto; para mucha gente le faltaba algo: una dote. En efecto, los artistas son en general ricos en genio y en consideración, pero piensan poco en su porvenir, y el señor Lesueur, más que otro cualquiera, no había nunca considerado la fortuna más que como un accesorio de la vida; por lo que a mí se refiere, no había todavía

capitalizado más que cien francos de renta, pero tenía confianza en el porvenir. ¡Cuántas veces no he sido disuadido de realizar un matrimonio así por amigos insensibles a las bellas cosas y bastante poco delicados para no comprender que un hombre de honor cumple la palabra que ha dado con tanto mayor motivo cuanto que ella ha aumentado en valor. «Pero, se me decía, su porvenir de Vd. está asegurado, hará Vd. una fortuna brillante y desde luego podría casarse con una mujer que llenase de oro sus bolsillos, al paso que va Vd. a vegetar durante algunos años y la felicidad no se complace con la estrechez.» ¡Cuántas veces también he tenido la intención de maltratar a gentes que me dirigían tan extraño lenguaje, tan extraño que no lo comprendía! Moderaba mi irritación porque me parecía que tendría más ventajas sobre ellos limitándome a contestarles: «amo y cumplo mi palabra, ustedes no son más que unos tristes mercaderes.»

No me había equivocado; encontré en mi mujer una persona razonable, espiritual, hecha a los usos y costumbres del gran mundo en términos de que en vez de encontrarse fuera de su sitio en él era antes al contrario muy buscada y apreciada; mi amor propio estaba plenamente satisfecho, gozaba de una gran paz interior y mi dicha era completa, si mi posición no era desahogada, no gastaba nunca el dinero tontamente y tenía siempre lo bastante para subvenir a mis necesidades.

En abril de 1816, cuando ya era médico de cámara de Luis XVIII y miembro correspondiente del Instituto, ardía en deseos de volver a ver a mi familia de la que me había separado en 1804; tenía, además, otro motivo para ir a Mahón: el de presentar a mi mujer a mis padros.

Nos embarcamos en Marsella y llegamos a Mahón a principios de mayo. No se podrá tener una idea de la acogida de que fuimos objeto por parte de los habitantes, más que cuando se sepa que es excesivamente raro que los mahoneses se dediquen a otra cosa más que al comercio, y que no había sucedido nunca que uno de ellos se expatriase y gozase de cierta reputación en las ciencias. Por eso, mis queridos compatriotas tenían formada de mí una opi-

nión singularmente exagerada. Los enfermos incurables acudían de todos los puntos; y los sanos de todas las clases sociales, hombres y mujeres, llegaban en tropel todos los días para hacernos visita de cumplido, como si se hubiese tratado de un soberano; mi padre que había sacrificado una parte de su haber en mi educación, estaba entusiasmado por mi éxito y, aunque poco expansivo, me exhibía con cierto orgullo.

Durante cinco meses, gozamos ampliamente las dulzuras de la vida del hogar, disfrutando de la ternura de mi excelente madre, de espíritu tan fino y de un juicio tan distinguido, de la bondad de mi hermana, mujer notablemente inteligente y culta, no menos que de la gentil amabilidad de mis jóvenes y encantadoras sobrinas, Catalina, Susana e Isabel Font, casadas mas tarde, las dos primeras con los hermanos Llambías, y la tercera con Saura y Squella.

A principios del otoño, debí pensar en regresar a Francia y nos embarcamos para Barcelona. Estábamos de vuelta en París a fines de octubre.

En diciembre de 1818, cuando menos me lo esperaba, sobrevino un acontecimiento que debía formar época en mi vida. El ilustre Roger-Collard, catedrático de Medicina legal en la Facultad de París, puso en mi conocimiento que estaba a punto de hacer crear para él una cátedra de enfermedades mentales, y que, por consiguiente, la enseñanza de Medicina legal iba a quedar vacante; que después de haber leído mi *Tratado de los venenos*, juzgaba que esta enseñanza debía serme confiada: que él apoyaría con todas sus fuerzas mi candidatura, aunque él no me hubiese visto nunca; y que me convenía pues hacerme naturalizar francés sin pérdida de momento.

Esta comunicación me llenó de júbilo y acudí presuroso a casa de Roger-Collard para patentizarle todo mi reconocimiento. Vi igualmente al duque de Pasquier, guardasellos, a quien presenté mi petición de las cartas de naturaleza, el cual, acogiéndome muy favorablemente, me prometió activar el asunto.

Recibi, an efecto, mis cartas de naturaleza algunos días antes de la presentación para la Facultad. Los catedráticos se reunieron

en febrero y procedieron, en votación secreta, a la elección de los candidatos.

Al referirme a esa sesión no puedo dejar pasar en silencio la benevolencia de que fuí objeto por parte de Hallé. Este gran médico, aunque ya padecía la grave enfermedad que había de llevarle al sepulcro, se hizo transportar a la asamblea a fin de darme su voto.

Se presentó mi candidatura, y el 1.º de mayo de 1819 la Comisión del Consejo de Instrucción Pública, formada por Cuvier, Sylvestre de Sacy, Gueneau de Mussy, Labbé, Elisagaray y por su presidente Roger-Collard, me nombró catedrático de Medicina legal. Al salir de la sesión, Cuvier, cuya fama es imperecedera y que me honraba con su amistad, vino en persona a anunciarme el resultado.

En el mes de abril siguiente inauguré mi primer curso en la Facultad ante un auditorio tan numeroso que el vasto anfiteatro en donde yo explicaba mi cátedra estaba atestado. La clase era diaria. Este curso fué muy del agrado de todos los que a él concurrieron en términos que todos los que habían asistido a la primera sesión estaban presentes en la última; yo estaba lejos de pensar en mis comienzos, en un éxito semejante, y sin embargo fuí lo bastante afortunado para que no se desmintiese un solo instante durante veintiocho años.

Desde el año 1820, fuimos llamados Beclard y yo a la presidencia de los tribunales de medicina.

La Facultad y el Ministro, cansados de oír las reclamaciones que se levantaban de todas partes respecto a la manera como ejercían esos tribunales sus funciones, quisieron poner término a tales cosas y levantar a los tribunales del descrédito en que habían caído justamente, nombrando por presidentes a dos hombres jóvenes cuya actividad y firmeza habían ya tenido ocasión de comprobar. Para cumplir esa honrosa misión tenía yo que recorrer todor los años la mitad de los departamentos que forman la circunscripción de la Facultad de París.

Creo no debo pasar en silencio un hecho que se relaciona con la presidencia de estos tribunales, porque hará ver cómo yo consideraba las funciones de que estaba encargado.

Presidía el tribunal de medicina de Melún, cuando vi en el número de los candidatos a un tal Jouan, a quien no conocía. Mientras hacía preguntas a este hombre todavía joven, alguien colocado detrás de mí me dijo en voz baja: «¿No sabe Vd. con quién tiene que habérselas? Jouan es el verdugo de Auxerra y su padre es el verdugo de Melún.» Quedé estupefacto y bien decidido a no firmar jamás el título de un ejecutor de la justicia; continué mi interrogatorio y demostré al público que si el candidato poseía cierto número de conocimientos anatómicos y médico-quirúrgicos, no era sin embargo lo suficiente instruído para ser graduado. Jouan fué por consiguiente desaprobado y dejado para el año siguiente.

Apenas había regresado de mi excursión, fuí a ver a M. Siméon, Ministro de la Gobernación, y a M. Cuvier para informarles de lo ocurrido. Cuvier aprobó en un todo mi conducta e insistió sobre la conveniencia de rechazar indefinidamente a un hombre que todos los médicos se considerarían humillados en contar como compañero. En cuanto al Ministro de la Gobernación, fué éste mucho menos explícito: «No sé, me dijo, lo que haría la Cámara de los diputados si un distrito enviase al señor Jouan para representarle»; a lo que respondí: «Como vos, monseñor, tampoco sé lo que haría la Cámara, pero, en cuanto a mí, sé muy bien que no firmaré jamás el título de semejante hombre.»

Habían transcurrido apenas dos días desde esta conversación, cuando vi entrar en mi casa a Jouan acompañado de su padre. «Convenga usted, me dijo el referido aspirante, que usted me ha desaprobado a causa de la profesión que ejerzo y no por falta de conocimientos. ¿Le parece a usted justo? Me inclino a creer que si conferencia usted con el Ministro de la Gobernación, le quitará éste sus escrúpulos con respecto al particular. Le suplico, pues, encarecidamente que le vea y obtenga una solución favorable. Volveré pasado mañana, y probablemente le encontraré a usted mejor dispuesto en mi favor». Estas últimas palabras fueron dichas en un tono que me sorprendió, sin que, sin embargo, me hicieran sospechar que pudieran referirse a una tentativa de soborno. Yo contesté que si había hecho fallar al tribunal en el sentido que lo hizo,

fué porque sus respuestas nos habían parecido insuficientes; que era, sin embargo, verdad que me había afectado penosamente al saber que Jouan, padre e hijo, eran verdugos los dos, y que no tendría nunca la debilidad de expedir un título a un ejecutor de la justicia; que era, por lo demás, inútil que diera yo paso alguno cerca del Ministro, a quien había yo visto hacía dos días. «Vuelva usted, se lo ruego, repuso Jouan hijo, y volveré pasado mañana para recibir una buena noticia.» Consentí en tener una nueva entrevista con el Ministro. Esos dos hombres que, a mi parecer, habían permanecido demasiado tiempo en mi casa, se retiraron llenos de esperanza. Algunos minutos después de su salida, mi esposa me llamó para decirme que acababa de encontrar sobre mi piano un rollo que parecía contener varias monedas de oro; lo abrí y conté dos mil francos. Vi al instante de dónde partía el tiro y me prometí obtener una justa reparación a semejante insulto. A los dos días, los dos Jouan se presentaron de nuevo en mi casa, y el hijo se me dirigió diciendo: «¿No es cierto, señor Presidente, que las noticias son mejores?» — ¿Es usted, le dije, quien ha dejado, sin duda por olvido dos mil francos en oro? — Sí, señor. Pero cómo, ¿se va usted a fijar en semejante bagatela? — Ciertamente, contesté yo obligándole a tomar su rollo, y añadí: «¡Salgan ustedes inmediatamente de mi casa! ¡Si no fueran ustedes tan pesados les echaba a ustedes por la ventana!»

En los exámenes siguientes, Béchard, a quien yo había avisado, rechazó todavía a Jouan. Yo debía examinarle el otro año, pero él había muerto cuando llegué a Melún.

Orfila.

Tal fué la juventud de Orfila.

Algunos años más tarde, el hijo del modesto comerciante de la pequeña isla de Menorca era Decano de la Facultad de Medicina y Comendador de la Legión de Honor. Su salón, donde se daban cita sabios, literatos y artistas, era el más frecuentado de París. Formaba parte del Consejo que regía soberanamente toda la Instrucción pública en Francia. Había creado la Toxicología, renovado la Medicina legal, fundado el Museo que perpetúa su memoria, y su fama era europea. — G. C. E.

D' emprimé

Desitjos d' una fadrina

Fris de que vengui San Juan
per fer dos bujots de paya,
guarnir-los de canyas verdas
y tréure-los a sa plassa:

Fris de que vengui San Juan
perque vagi a sa colcada
en Toni dalt es cavall,
amb sa bandera, fent planta.

Fris de que vengui San Juan
perqu' em canti codoladas
y me digui que m' estima
mes qu' a ses sevas entranyas.

Fris de que vengui San Juan
perqu' ençenguin fastaradas
y qu' *ell* els se vengui a veure
y s' aturi de passada.

Fris de que vengui San Juan
perque m' han dit qu' a vegades
es fadrins curtets de gènit,
amb sa festa y sas vellanas,
s' atracan a sas fadrinas
y molt pres es se demanan.

L. Lafuente Vanrell.

Documentos relativos
a la estancia del Almirante Oquendo
en la Isla de Menorca

(1637-1638)

(Continuación)

Documento núm. XXXVI

(20 diciembre 1637)



Por la que ba con esta vera Vm. lo que se escriue a su mgd. (que Dios guarde) de parte desta Villa ofresciendose todos a surreal seruicio y assi suplicamos a Vm. sea seruido de representar en su real consejo para que lo tenga entendido, y mandarnos Vm. muchas cossas de su serui.^o de que sera Vm. obedecido en todo tiempo. La diuina g.^e a Vm. muchos años como estos criados de Vm. desean y an menester. Maon A 20 de desiembre de 1637.

Domingo Saguj

Pedro Tudori y por el Antonio Sintes

Jaime Segui

Sindicos de Mahon.

(Archivo municipal de Mahón. Legajo: Cartas 1631-1640).

Documento núm. XXXVII *

(20 diciembre de 1637)



Señor.

Desde 29 de março deste año, Señor, que las armadas de V. mg.^d llegaron a este puerto de maon a cargo del almirante general Don Antonio de Oquendo y del general Roque Çenteno y con la mucha gente de mar y guerra que trujeron a quedado este pequeño lugar de V. mg.^d muy apurado de vituallas respeto de que del a sido sustentada sin ayuda ninguna de los demas lugares que V. mg.^d tiene en esta decierta Isla, que solamente Señor, los Vassallos de V. mg.^d que hauitamos en el con tanto desseo del Real Seruicio de V. mg.^d pudieramos sobrelleuar y hazer demostraciones de lo mucho que deseamos continuar como lo a mostrado la experiencia en el discurso deste tiempo asi en el agasajo del alojamiento que se les a dado con tanto afecto como en la buena apasibilidad, quietud y buena correspondencia, como otras cossas notorias de que assido necessario mostrar nuestro buen çelo, y assi lo continuaremos siempre mandandonos Vra. mg.^d, ofresciendonos con nuestras vidas, hacienda mugeres y hijos como leales Vassallos de V. mg.^d pues tan solamente pretendemos por premio acauar en este propos.^{to} y asi suplicamos muy humilmente a V. mg.^d nos haga mrd. de estar con la satisfacion que se deue a nuestra voluntad y al animo que para ello tenemos de que jamas faltara en nosotros ni en nuestros sucesores obedeciendo como a rey y señor nuestro = guarde Dios la catolica R.^l Persona de V. mg.^d como la cristiandad a menester de maon A 20 de desiembre de 1637.

Domingo Saguj

Pedro Tudori y por el Antonio Sintes

Jaime Segui

Sindicos de Mahon.

*(Archivo municipal de Mahón. — Legajo cartas 1631-1640).**(Continuará).*

Bibliografía

Alemania y la próxima guerra

Este es el título de una de las producciones del general alemán Von Bernhardi que más ha llamado la atención del mundo, y de cuya primera versión al español ha tenido la delicada atención de regalar un ejemplar al Ateneo su traductor el socio de honor y queridísimo amigo, el Capitán de Artillería don Francisco Álvarez de Cienfuegos.

Sobradamente tiene éste acreditada su personalidad. Por otra parte, la profunda amistad que le profesamos nos veda encomiar sus, por todos conceptos, brillantes méritos. Pero no podemos pasar en silencio la inmensa satisfacción que nos ha producido la lectura de su atinada advertencia, en la que, después de manifestarse en desacuerdo con algunas de las doctrinas expuestas por el autor, sienta su objetivo, que ha sido dotar a la opinión española en general de tan valioso elemento de juicio, y en particular a nuestro Ejército, que seguramente aprovechará tan brillante ejemplo, para consolidar todas las virtudes de que se hace gala en el libro que comentamos. Cumplidamente ha llenado su misión, habiendo tenido además la fortuna de aprovechar la oportunidad que lo crítico de la actual situación del conflicto europeo le ofrecía.

Va precedida la obra de un prólogo debido al eminente escritor don Edmundo González Blanco. En él no sabemos que admirar más, si lo profundo y trascendental de sus pensamientos o la fluidez y belleza del lenguaje.

Considerando al Estado como un individuo y las guerras como luchas por la existencia, defiende el autor con multitud de argumentos, en el primer capítulo, el derecho que tiene todo pueblo de

hacer la guerra, siempre que lo necesite para su desenvolvimiento.

Manual del perfecto estadista debiera titularse el segundo capítulo, que es una enérgica diatriba contra los gobernantes débiles. Para el general Bernhardt, el mayor delito que puede cometer un hombre de Estado, es dar solución provisional a los conflictos tanto de orden interior como exterior, dejándolos en esencia peor que estaban, para que otro los resuelva. El buen gobernante debe atenerse, ante todo y sobre todo, al alto interés de la nación, representado siempre por el de las generaciones venideras. El juicio de la Historia para los que desconozcan u olviden tan elementales deberes, será seguramente severísimo.

En los tres capítulos siguientes se hace historia del desarrollo del pueblo alemán, para deducir, en consecuencia, que hoy es el llamado a ejercer la supremacía en el mundo. Pero, no pudiendo permanecer estático un pueblo, si no progresa, degenera, y así se sienta el dilema «ser o no ser».

En el capítulo sexto y siguientes, haciendo gala el autor de sus profundísimos conocimientos en la técnica militar, expone abundantísima doctrina relacionada con la guerra que hoy se desarrolla. Más que los juicios del militar, sorprenden agradablemente las predicciones del profeta. Y es que la base sobre que se apoya su lógica es tan firme, que sus resultandos parecen valores deducidos matemáticamente.

En definitiva, la obra que nos ocupa es digna por todos conceptos de ser leída. El ciudadano no militar aprenderá a ver en el elemento armado la representación más genuina de la fuerza de su pueblo, y el que profesa la carrera de las armas robustecerá los conocimientos de tan noble ejercicio.

Nuestra más cumplida enhorabuena al traductor, agradeciéndole muy de veras su obsequio.

V. F.



